

Plabras



Un niño juega al fútbol junto a la catedral del Buen Pastor de San Sebastián.

VALENTÍN ROMA

Jugar por jugar, pensar por vivir

El pensador catalán narra en 'Retrato del futbolista adolescente' su aventura en la selección española y el abandono del deporte. Un texto sobrado de humor e inteligencia

POR ANTONIO LUCAS
FOTOGRAFÍA DE JOSÉ AYMÁ

NA
RRA
TIVA

Una de las muchas formas de explicarte la vida requiere desplegar la tuya y ponerla al trasluz. Abrirla como en esas paradas de cañas donde cuelga bacalao seco, donde se deja dorar un pulpo al sol. Valentín Roma ha extendido la sábana de la suya, de parte de

la suya, en un libro que tiene la gracia de lo íntimo disparatado. Roma fue futbolista profesional hasta los 17 o 18 años. Un sujeto escasamente apasionado por el fútbol, como viviendo el deporte de mala gana, pero disciplinado en la causa de cumplir los sueños ajenos. Esta es su historia, la del *Retrato del futbolista*

adolescente (Periférica), los años de la inercia de la niñez y el destape de su pubertad. Trae una escritura más veraz que verosímil con la que propone una larga pregunta sobre la realidad y la identidad, y cómo ésta se construye.

Valentín Roma cuenta su niñez y adolescencia como una secuencia de avatares en un muchacho de clase apretada, hijo de obrero politizado que crece afianzando un descarrilamiento progresivo aun-

que el éxito en el fútbol lo impulse. Un éxito que no conlleva sentir los colores. Besar el escudo. Agitar las manos efusivamente. «Cada mañana, al despertarme, siento una desgana que es como un emblema y como una ofensa, algo que me singulariza y, a la vez, me acusa». Desprende mucho de Stephen Dedalus, *alter ego* de James Joyce en *Retrato del artista adolescente* (como en la novela, Roma también reparte la historia en cinco capítulos). Un muchacho que entre el desclasamiento y el desengaño levanta irónicamente su biografía. Una íntima expe-

dición narrada en pasado, dejando claro lo atrás que queda todo aquello (fútbol de calle, equipos de barrio, ascensos, mundiales juveniles, agente, entrenador, vestuarios), pero también lo necesario que fue el *extravío* para adquirir una conciencia de mundo, de lugar en el mundo. Con su trencadís de escasez e incertidumbres. Con su aburrimiento.

Libre de pudor, Roma, profesor de Teorías Artísticas Contemporáneas en la Universidad Autónoma de Barcelona, rompe con esa fe en que el fútbol es uno de los refugios irracionales que quedan en la vida adulta. Aquí es una estampa del pasado, una exploración sociológica de la familia y el entorno, una apuesta por la extravagancia. No queda claro si el fútbol sigue entre sus *enseñanzas personales*, pe-

ro en la manera de contar es la senda de una biografía familiar que está íntimamente ligada a la estupefacción del narrador, a su certeza de estar fuera de sitio. El sarcasmo, suave y constante, es una de las asignaciones principales del libro. Un humor compensatorio que equilibra la confesionalidad. Una purga pero, sobre todo, una iluminación. Hay algo muy civilizador en la forma de contar la derrota. Y si no es exactamente una derrota, al menos una deriva.

Pero en el fútbol encontró Roma una posibilidad de liberación. Incluso el acceso a

una libertad exaltada. Las normas son distintas a la vida, y eso un adolescente lo nota. «Cuando nos vestíamos de futbolistas adquiríamos bula para transgredir todos los límites. Se nos autorizaba a ser mentirosos y acaparadores, a ensañarnos con el único objetivo de medir nuestro grado de inclemencia. Después, al abandonar el vestuario, regresábamos a los valores de los que habíamos sido exonerados». El narrador

es a la vez el personaje que da cuerpo y sentido a la *novela*? y va haciendo su propio análisis en paralelo, sin que su presencia fatigüe.

En *Retrato del futbolista adolescente* no basta con verlo que se lee, es necesario (además) adivinarlo. El autor va madurando y el adolescente prometedor para el deporte acumula nuevas inquietudes. Es cuando en la novela comienza a alinear la competición con algunos cuerpos extraños. Por ejemplo, los autores que alejan de las canchas al protagonista en su educación sentimental: César Valle-

jo, Jacques Sadoul, Marx, Togliatti, san Ignacio de Loyola, García Hortelano, Watanabe...

Claramente se está perdiendo el futbolista de elite en favor de un intelectual extraño. Valentín Roma decide dejar el fútbol al regresar de un partido de la selección nacional en Oslo, categoría *sub-algo*. Es un final sin trauma, callado, como cumpliendo un trámite irremediable y sin conflicto. Un adiós sin despedida. Y la universidad como horizonte.

Retrato del futbolista adolescente ni condena ni juzga. Es la historia de alguien con apetito de saber jugando a algo que en verdad no le saciaba. El retrato es extraordinario. Feroz porque quien mira está ya dentro del recinto grosero de las cláusulas millonarias, pero ni eso.

La historia de Valentín Roma alumbró un espacio social y continúa por la senda literaria de la confesionalidad, del reclamo de lo autobiográfico. Con talento. Con finísima autoparodia. Con un desborde de estupefacción. Sin nostalgia ni rencor a lo que tuvo lugar.